

El satanismo literario

y

EL EXORCISTA

CARMELO VILDA

El tema del DIABLO es un mito clásico en la historia de la literatura. Paul Ricoeur ha observado magistralmente que una de las cualidades del mito es: dar que pensar. Preocupar la sensibilidad del hombre, forzarle a apostar por una ulterior explicación mediante una comprobación intelectual. Por eso el Demonio como la Muerte y el Amor han sido siempre motivos de inquietud, preocupación y desazón humanas. Es preciso tener muy en cuenta esta advertencia antes de analizar sumariamente la novela EL EXORCISTA cuyo principal mérito y clave del éxito quizá sea haber novelado un mito, un misterio sobre el cual, confiesa el mismo Blatty, apenas sabemos hoy un poquito más que ayer. Y si al misterio se añade violencia truculenta, ya tenemos los elementos del "best-seller".

De vez en cuando el negocio-cine necesita tener a mano una novela que previamente haya sido comercial. Cuatro ejemplos: Papillón (H. Charrier); El Padrino (M. Puzzo); Historia de Amor (Eric Segal); y ahora El Exorcista. Cuatro novelas, alguna más o menos buena que dieron el guión y la fama a cuatro películas millonarias. Todo esto sucede porque aunque nos duela a quienes aún creemos en la Literatura, pocos autores son libres para escribir a su antojo. El novelista hoy se ha convertido en un "empleado" de su editor. Ya no es el "creador" sino el traductor-intérprete de deseos y políticas gerenciales a cambio de jugosos dólares. Esto explica por qué un mediocre escritor como Eric Segal pudo hacerse millonario con una estúpida novela y una acaramelada película.

¿Y EL EXORCISTA? La novela de W. Blatty tiene las virtudes y defectos del material que incluye en sus páginas el "Reader's Digest". La célebre revista con estilo claro, y en dosis de inteligente dieta intelectual, trata los inquietantes y polémicos temas que acosan al hombre y a la vida en general. Lo hace en una longitud de onda de fácil acceso a la mentalidad y gusto norteamericano evitando las complicaciones y las profundidades para no aturdir ni confundir al lector. EL EXORCISTA podía haber brotado bajo el mecenas del Rider's Digest. Susan Sontag, aguda crítico literario norteamericana, aclara el aspecto que comento:

"Para la mayoría (del público norteamericano actual) el interés de las novelas está en "de lo que trata", qué quiere decir la zona de la vida real en que está situada la acción. Así la primera medida aplicable a la novela es qué cantidad de precisión, de detalles hay en las noticias que ofrece sobre personajes y ambientes... La mayoría de las novelas escritas hoy en Inglaterra y USA son de concepción reporteril"

(Mundo Nuevo No. 23, mayo 1968, pg. 27)

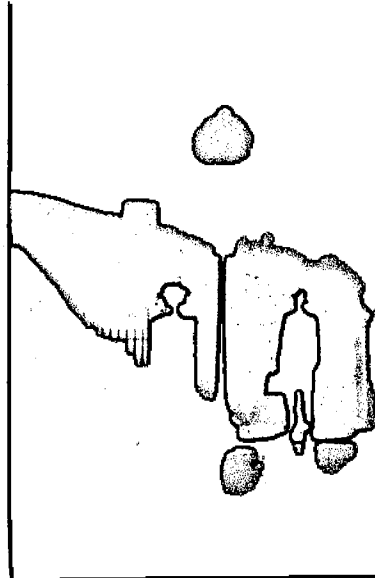
EL EXORCISTA ES CIERTAMENTE UNA NOVELA PERIODISTICA basada en un acopio de información (el Autor

nos dice que leyó todo lo que se ha escrito sobre el tema desde 1950) y en una inteligente dramatización de los sucesos. Es un reportaje novelado cuyo interés estriba no en los procesos interiores (psicológicos, éticos, teológicos) de los personajes sino en el desarrollo anecdótico de la posesión (suceso periodístico). La acotación resalta más todavía si se compara con otras novelas o poemas demoníacos como los Hermanos Karamazov (Dostoievski), Bajo el Sol de Satán (Bernanos), Moira (Julien Green). Al contraste con éstas se palpa más la superficialidad intelectual de El Exorcista.

Creo que puede ser muy interesante recorrer un poquito por encima las "constantes" de las novelas en las que aparece el Diablo. La literatura demoníaca es casi tan antigua como la misma escritura. Y es sumamente curioso y sorpresivo comprobar que en casi todas las obras del género "satánico" coincide la postura orgullosa y rebelde del hombre frente a Dios o ante la sociedad. En las raíces de cualquier "posesión" está la savia de un materialismo autosuficiente de un egoísmo soberbio que desdeña la sumisión y afirma la libertad soberana del "Yo": la actitud prometeica o titánica de suplantar lo divino por lo humano. La leyenda de Prometeo sería la primera manifestación de literatura satánica. La falta de caridad y amor es el pecado que predispone para la posesión diabólica. FAUSTO (en el poema de Goethe) hastiado de su ciencia e insatisfecho de la vida entrega su persona a Mefistófeles a cambio de la satisfacción plena de su ambición intelectual y carnal.

El Romanticismo es fértil en actitudes satánicas por ser un movimiento de afirmación individual, de exaltación del "yo". Caín (Byron) — Prometeo (Shelley) y sobre todo El Casamiento del Cielo y del Infierno (W. Blake, el poeta de la literatura marginal, de las ideas gnósticas y tradiciones druidas) podrían ser manifestaciones típicas que señalan la ética de la absolutización del hombre y la negación de valores trascendentes con sarcástica y blasfema complacencia. En el poema citado Blake se enfrenta a la dualidad del bien y del mal con una actitud de salvaje profetismo y loca clarividencia. La solución la ve en la libertad, en el cambio de Dios por Satanás. ¡Cuántas veces nos creemos libres por haber cambiado de señor... ¡Como si fuera signo de libertad decir que dos y dos son cinco y no cuatro.!

Baudelaire es el maestro de los abismos, el pecador impenitente que se da el lujo de pactar con Satanás en la juventud y con Dios cuando presiente la muerte cercana. No necesitó de misas negras para sumergirse en la violencia exasperada de la carne y de las bajezas más violentas a cambio del regocijo de sentirse satánicamente libre, personal, egoísticamente propio. En su poema Fleurs se propone "cantar la belleza del Mal". Casi todos los Simbolistas y Parnasianos sufren también la tentación diabólica especialmente Rimbaud, precursor de la estética de lo brutal, de lo horrible y demoníaco como canon de sublime belleza: "Pertenezco a aquella raza que cantaba durante el



suplicio de Cristo. No entiendo las leyes. No sé que es sentido moral. Soy un bruto... Me he disecado con el viento del delito. Y he jugado desatinadamente con la locura". También Rimbaud, como Regan, logra liberarse del demonio pero después de un intenso y dramático proceso psicológico y espiritual.

Dostoievski es experto en sicología satánica pero es quizá el aristocrático norteamericano Henry James quien más profunda y elegantemente ha expresado la posesión diabólica de dos niños: Miles y Flora. Al leer la novela VUELTA DE TUERCA bien claro se concluye que no se trata de una posesión personal del Diablo, sino que Miles y Flora son poseídos por algo de ellos mismos, por la propia corrupción producida por la degeneración de sus ayos. La corrupción personal y ambiental es el verdadero demonio que tortura a los niños. Más cercano a Blatty, Aldous Huxley, con LOS DIABLOS DE LOUDUN realiza un estupendo análisis sico-filosófico-teológico a pesar de la peculiaridad de sus ideas. Esto es lo que falta en EL EXORCISTA.

En todas las obras literarias citadas existe, previa a la posesión diabólica, un estadio de orgullo desesperado, idolatría del Ego, perversión moral, soledad egoísta, ausencia estremeceadora de amor. Así se explica mejor el sentido y la interpretación del satanismo y éstas eran para San Agustín las premisas de la conciencia de culpa que es el umbral del hombre endemoniado. Porque cuando el hombre se entrega a la glorificación de sí mismo, de la carne, de la materia y obliga a Dios a ser el "otro", el gran desterrado, el hueco dejado por El, por el amor, por la solidaridad, por la tolerancia, queda ocupado por Belcebú y su comitiva. Y entonces el hombre cuanto más necesita la redención más la rechaza para justificar su heroísmo satánico.

Goethe nos ha descrito con tierna belleza cómo se salva Fausto del demonio gracias al amor de una mujer, Margarita, que reza a Dios para redimirle. ¿Qué amor salva a Regan? ¿El de Merrin, seco y adusto, el de Karras más fosilizado que vivo, el de Chris, pobre esposa divorciada? ¿Fue más bien una irrupción gratuita de Dios, de ese Dios "tapa-agujeros" al que recurrimos cuando nos falla la Farmacia? Este desenlace es el flanco más débil de la novela precisamente porque Blatty no había preparado el andamiaje psicológico y teológico que lo sustentara. El lector no resuelve las incógnitas que se le han ido acumulando a lo largo de la lectura. La estructura interna sufre de anemia, palidece ante la terribilidad médico-teológica del tema abordado. Aquí radica el pecado de Blatty: la exterioridad, la reducción de los profundos procesos psicológicos de los personajes a simples sucesos periodísticos. La novela da que pensar, es evidente, y dará también mucho que hablar, no lo dudo, pero no tanto por lo que narra cuanto por lo que elude, por ese misterio que late "más allá" y "más abajo" de la palabra y de la acción que describe. En definitiva porque es una novela violenta de misterio que roza lo religioso, lo mágico y tiene una trama bien dosificada que mantiene vivo el interés por el suceso.

Sin embargo a W. Blatty le falta la cualidad de la intensidad espiritual, la captación de la vida anímica con sus pálpitos arrítmicos. Solo Merrin se acerca un poco a la dimensión de los grandes personajes novelísticos. Cuando el fenómeno es un elemento terrorífico que escapa al control de la cirugía y de la siquiatria, se apodera de las potencias maléficahumanas, las rebasa y llega hasta las puertas mismas de lo divino pidiendo ayuda para conjurar la situación se necesitan personajes de más garra y talla, casi meta-humanos. No me extraña que algunos espectadores se rían durante la película.

Comete, por su parte, un anacronismo cuando traslada a nuestra sociedad secularizada actual liturgias de ayer. La Iglesia no exorciza hoy con hisopo pero no por eso niega la existencia del mal. Harvey Cox menciona al pansexualismo, a las concentraciones de poder, al armamentismo, torturas policiales, grandes injusticias internacionales, incluso a la publicidad, como los nuevos demonios de hoy. Liberar al hombre de estos señuelos aletargantes, de las soluciones negativas, de las estructuras diabólicas, es la misión crítica y exorcizadora de la Iglesia. No sólo contra quienes introducen el mal físico, moral o social, sino también contra los que afincados en la soberbia de su autonomía y en la divinidad de la técnica como solución a todos los problemas despojan a la vida de su misterio humano-divino, de su transcendencia, de ese musgo húmedo que da fe, alegría y aptitud para el sacrificio al hombre. Ya lo decía San Pablo y lo recalca a los cristianos como programa de redención:

"...porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los poderosos, contra los dominadores de este mundo que lo han convertido en tenebroso, contra los espíritus diabólicos invisibles"
(Efe. 6-12).

"Estad, pues, alerta", les dice. La pelea no es hoy contra un diablo personal, ni siquiera contra hombres sino contra esos aquelarres de poder y decisiones egoístas, materialistas enemigas de la solidaridad y justicia humana. Esas son las fuerzas misteriosas contra las que nada puede hacer la medicina ordinaria. Ni hay que hacer caso a quienes nos gritan como en el Proceso de Kafka versión de Gide: ¿No está en tu situación de castigo la prueba de tu culpa? Reconoce tu error y convéncete de que eres castigado, luego eres culpable".

Si el pueblo sufre ignorancias y es castigado con la explotación no es por su culpa sino por la infección de un virus invisible que como Satanás viene y suplanta la personalidad y la voluntad decisoria del hombre. ¿No es la novela y la película EL EXORCISTA uno de estos virus infecciosos que viven en ese aire que se llama publicidad?

Sólo el amor y la violencia solidaria nos salvará. ¡Seguro!